
Fernando Benítez. 1992, *¿Qué celebramos, qué lamentamos?* Santo Domingo, Editora Taller, 1992.

La conmemoración del V centenario de la expansión colonial de España en América ha estimulado, desde el proscenio, un ambiente editorial de una solidez hasta entonces desconocida en Santo Domingo.

A partir de 1990, nuevas series y colecciones de publicaciones de contenido histórico han estado ampliando el radio de acción de las principales casas editoras del país. De igual manera, las iniciativas de los organismos e instituciones tradicionales en el patrocinio del trabajo intelectual han sido compartidas con otras nuevas.

La obra que reseñamos en las líneas siguientes: "*1992, ¿qué celebramos, qué lamentamos?*", escrita por el reconocido intelectual mexicano Fernando Benítez, ocupa un espacio estelar en el ambiente más arriba esbozado. Se explica esta estelaridad, no sólo en función de la elección de nuestro país para escribir dicha obra, sino, y esto es lo más importante, porque la orientación crítica percibida desde el título coloca al autor de frente al festinado clima de publicaciones advertido en los "hacedores" de la historia oficial.

En "*1992, ¿qué celebramos, qué lamentamos?*" Benítez, en un estilo que va de lo literario-descriptivo al análisis, plantea el resultado político social de mayor trascendencia desprendido de la colonización de América: la lucha por la justicia. Para ello notamos la concentración en los primeros ochenta años del siglo XVI en La Española, México y parte de Centro y Sur América, período y lugares en que con mayor crudeza se presentó la exterminadora empresa de la conquista.

En el texto en estudio, las autoridades reales, encomenderos y representantes de la Iglesia Católica, destacan como los actores principales en proceso de la conquista de América; todos, unidos por la sed común del poder y del oro. Por esta sed, la población de la América precolombina conoció el saqueo, la crueldad y el desenfreno sexual, hasta el límite de la muerte.

Benítez, con un buen manejo de las tesis de los más connotados tratadistas del tema, destaca, en la lucha por la libertad y el drama de la conquista, el choque de dos posiciones en la Iglesia Católica: el decadente escolasticismo aristotélico frente al "típico cronista del Renacimiento". Este último, según el autor reseñado, fiel seguidor de los preceptos cuestionadores de Erasmo de Rotterdam.

Con la defensa de los aborígenes se expresan en América los más grandes precursores de los Derechos Humanos: Los frailes Antón de Montesino y Bartolomé de Las Casas. Bastole a Benítez el apoyo documental en Las Casas para responder las dos interrogantes que conforman el título del libro en cuestión: la primera, implícita en la forma contundente con que responde; la segunda, al proyectar la desgracia de la conquista hasta los tiempos de hoy.

Benítez, lejos de lo eurocéntrico, nos convence de que las ideas libertarias de Las Casas, su energía y persistencia, "su odio por el crimen y amor por las víctimas", lo mantienen "vivo en la tragedia de América Latina".

Finalmente, lamentamos, junto al autor, la imposibilidad de cicatrizar nuestras heridas de quinientos años, la imposibilidad de Las Casas de

evangelizar a los evangelizadores, las casi insuperables trabas de la descolonización, el precio tan alto—desastre ecológico, deuda “eterna”, guerrillas, dictaduras militares— con que pagamos nuestros logros. También, lamentamos el lugar que ocupamos en los tres mundos, el monopolio de Estados Unidos del gentilicio americanos signando la eterna desigualdad de América Latina; por último, lamentamos “la destrucción de nuestras grandes riquezas para dar paso a una lastimera miseria”. Todavía hoy, los ojos del gran pacifista Las Casas estarían imposibilitados de “ver la espada separada del crimen”.

Hector Luis Martínez